

PERIODISTAS EN LA REAL ACADEMIA (Y II)

ROSA LUQUE REYES
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

RICARDO DE MONTIS, UNA LEYENDA DEL PERIODISMO CORDOBÉS

Sobre el gran Ricardo de Montis se ha escrito mucho y han sido muchos los que han escrito, pero ninguno tan exhaustivamente ni con tanta devoción como nuestro Académico Numerario decano, Miguel Salcedo Hierro. Suya fue la tenaz e impagable tarea de supervisar a finales de los ochenta del pasado siglo la reedición facsímil de los once tomos de las *Notas cordobesas* que el periodista había recopilado en libro entre 1911 y 1930¹. Se trataba de la selección de una fértil cosecha de artículos costumbristas (445 llegó a escribir en total) publicados en el *Diario de Córdoba* e imprescindibles para conocer qué pasaba y cómo sentía la sociedad de aquellos años. Pero el cronista de la ciudad no se limitó a clasificar y comentar extensamente las *Notas*, sino que, a lo largo de un tomo más –de lectura tan amena y bien ambientada como la de los otros– traza una sutil biografía del personaje acudiendo al recuerdo de quienes le habían conocido, tales como Marcelino Durán de Velilla, su compañero durante 20 años y sucesor al frente del *Diario*, y el académico José María Ortiz Juárez. Yo he tenido la suerte de añadir un nuevo testimonio en primera voz, el de su sobrino-nieto Amador Vázquez de la Plaza Montis, que a sus 81 años conserva viva la memoria de su pariente y que habría de ayudarme a perfilar su atormentado carácter.

Pero vayan por delante algunos datos biográficos del periodista-poeta, que es como le gustaba ser considerado y llamado al personaje según apunta María José Porro, actual secretaria de la Academia, al inventariar los fondos bibliográficos de la familia Montis². Ricardo de Montis y Romero nació el 25 de marzo de 1871 en el número 20 de la calle Rey Heredia de esta ciudad, donde murió a los 70 años, el 4 de julio de 1941. Su padre, José María de Montis Fernández, montillano y catedrático de Matemáticas y Dibujo Lineal de la Escuela Provincial de Bellas Artes, falleció repentinamente cuando él estaba a punto de cumplir los 17 años, dejando a su viuda, la malagueña María Dolores Romero Bautista, al cuidado de dos hijos, pues Ricardo tenía una hermana siete años menor que él, Estrella, con la que, permaneciendo ambos solteros, habría de vivir siempre. La pronta muerte del padre torció todas sus expectativas, pues le obligó

¹ La referencia bibliográfica de las mismas ya quedó citada en la acotación nº 14.

² PORRO HERRERA, María José, "Familia de Montis: revelaciones de un inventario" I y II. *BRAC*, enero-junio 1995, año LXVI-nº 128 y enero-junio 1996, año LXVII-nº 130. Cita también la autora a Montis y Aguilera en su trabajo académico "Prensa cordobesa del siglo XX: una aproximación". *BRAC*, separata, julio-diciembre 1994, año LXV-nº 127.

a ver en la literatura y el periodismo no el placer que él hubiera deseado, sino un medio de supervivencia, y esto acentuó su ya de por sí carácter taciturno. Así describe Salcedo su desgracia: "Montis se encuentra de pronto con una pavorosa situación económica familiar. Aparte de que ya no le será posible costearse ninguna carrera superior, tiene que plantearse el hecho de buscar un trabajo [...] Y desde este momento, y hasta el final de su vida hay en él una constante alusión escrita a la desgraciada carrera de las letras [...] Amaba profundamente prosas y versos [...]. Soñaba con la profesión periodística, que le llenaba el alma, pero realizándola de manera estudiosa, distendida, recreativa para su espíritu". En fin, añado yo, que Montis anhelaba ni más ni menos que lo que todo periodista, siempre esclavo del reloj, desearía para sí sin conseguirlo jamás.

El caso es que, sin haber acabado aún el Bachillerato, entró en la Redacción de *La Lealtad*³, periódico creado por el conde de Torres Cabrera como órgano propagandístico del Partido Conservador, del que era jefe provincial. En 1889, sin dejar de trabajar en *La Lealtad* (se ve que entonces no estaba mal vista la "doble militancia" en prensa), se hizo cargo de otro periódico, *El Comercio*, en el que era todo: director, único redactor y corrector de pruebas. Además, trabajaba como colaborador y corresponsal de *La última moda*, de Madrid; el *Diario*, de Murcia; *El Ateneo* y *El Renacimiento*, de Málaga, entre otras publicaciones. Y todo esto, ensalza Salcedo Hierro, a base de pluma, tintero y papel, materiales que no abandonaría nunca. Y es que don Ricardo se rebeló frente a la reconversión tecnológica de su tiempo, es decir, el uso generalizado de la estilográfica, demasiado avanzado para su gusto.

Este proceder subraya su silueta de minucioso conocedor de la historia y de los más diversos aspectos de la ciudad, pero un tanto renuente a los cambios del progreso, perfil que caricaturizó Pío Baroja en *La feria de los discretos*⁴ a través del personaje don Gil Sabadía, periodista, erudito y claro trasunto de Montis, como bien apunta Juan Pérez Cubillo⁵, catedrático de Literatura y estudioso de la novela barojiana.

En 1901 Montis entra a formar parte del *Diario de Córdoba*, donde permanecerá 35 años, y aunque no fue designado director hasta el 3 de marzo de 1929, cuando contaba 58 años, "de hecho era el *factótum* del periódico, merced a la confianza que la empresa tenía depositada en él y a su lealtad a la misma". Así lo reconoce Durán de Velilla en una larga y jugosa carta/crónica enviada a Miguel Salcedo⁶ al enterarse de que éste preparaba un trabajo sobre el colega que tanto había conocido y admirado. E igual criterio comparte Rafael Castejón⁷ al afirmar que Ricardo de Montis "era el alma de la Redacción, y un compendio sabroso del más castizo localismo".

1. LA VENA SATÍRICA DE 'TRIQÜIÑUELAS'

Aunque lo que a él más le enorgullecía era su condición de poeta, fue su vena humorística –que la tenía y abundante este señor tan serio– la que mayor número de

³ Estaba instalado, recuerda SALCEDO HIERRO, Miguel (*ob. cit.*, p. 31), en la que hoy es casa-palacio de los Cruz Conde, entonces propiedad de Ricardo Martel y Fernández de Córdoba, conde de Torres Cabrera y senador vitalicio del reino, en la calle actualmente a él dedicada y antes al Cardenal Toledo.

⁴ BAROJA, Pío, *La feria de los discretos*. Madrid, Ed. Caro Raggio, 1929 (edición consultada de 1975).

⁵ PÉREZ CUBILLO, Juan, en colaboración con su hijo, PÉREZ DÍAZ, Juan Rafael. *La Córdoba de Baroja. Un paseo por La feria de los discretos*. Edit. Puntoreklamo, Córdoba, 2006. Se trata de un CDROM multimedia que incorpora un interesante plano interactivo de los itinerarios barojianos.

⁶ SALCEDO HIERRO, Miguel, *ob. cit.*, pp. 92-102.

⁷ CASTEJÓN, Rafael, *ob. cit.*

seguidores le atrajo. Ya Rodolfo Gil⁸, que lo incluía en su índice de escritores siendo Ricardo todavía un jovenzuelo diletante, daba cuenta de su libro *Dos docenas de extravagancias*, donde Montis recogía los artículos satíricos publicados en periódicos de Sevilla y Córdoba y firmados como *Triquiñuelas*, pseudónimo que iba a usar no sólo en trabajos de este corte, sino en sus crónicas semanales de teatro y toros. Él mismo explica con gracia en una de sus *Notas*⁹ el origen del alias profesional y cómo éste le fue cedido por su entonces jefe en *La Lealtad*, Juan Menéndez Pidal¹⁰, académico de la española y correspondiente de la cordobesa. Cuenta Montis que en cierta ocasión Menéndez Pidal, al no tener personal del que echar mano, se vio forzado a redactar una crónica taurina sin tener ni la más mínima idea ni afición al asunto, si bien tuvo la precaución de no firmar con su nombre sino como *Triquiñuelas*, lo que no evitó que los hermanos Valdelomar, desde las columnas de *El Adalid*, se tomaran a chacota sus meteduras de pata. Meses después entraba como aprendiz de periodista en *La Lealtad* Ricardo de Montis, casi a la vez que se anunciaba otra corrida de toros, “y el director me endosó el mochuelo (la *bacalá* hubiéramos dicho en el diario *Córdoba* de hoy) de escribir la revista, como si me brindara un gran favor”, recuerda Montis.

Y añade, renegando de la dura condición del gacetillero, “que tiene, si no que saber y entender de todo, al menos aparentar que sabe y entiende”, cómo se las ingenió para salir airoso del trance: “Mi ignorancia en asuntos taurómicos era también completa, pero no creí prudente negarme a cumplir el encargo [...]. ¿Qué hacer para salir airoso de la empresa? —se pregunta—. Leí con gran detenimiento el *Arte taurino* de Montes, y aunque en algunos tratados de preceptiva literaria lo había visto citado como modelo de obras didácticas, confieso con ingenuidad que en él no aprendí ni jota. En estas condiciones, llegó el día de la fiesta y me encaminé al circo, acompañado de un veterano taurófilo para que me ilustrase, no me quedaba otro recurso. Con ayuda de aquel buen hombre hice la revista, poniendo en ella mis cinco sentidos. Llévela al director quien, después de leerla detenidamente, me dijo: creo que debe estar bien, ya sabe usted que yo no soy perito en la materia; sólo le falta, a mi entender, un requisito, la firma, porque estos trabajos siempre se firman con un pseudónimo. ¿Cuál quiere usted ponerle? Ninguno se me ocurre, le contesté, después de pensarlo un rato. Pues bien, añadió Menéndez Pidal, voy a hacer a usted un obsequio en pago de su obra; le cedo mi pseudónimo de *Triquiñuelas*, que está nuevecito, pues únicamente lo he usado una vez”.

“*El Adalid* también le dedicó algunas líneas en su diario *Palique* —prosigue don Ricardo—. Poco más o menos decían así: ‘Hemos visto con satisfacción que el crítico taurino de *La Lealtad* se ha enmendado, pues aunque su última reseña no la firmarían, seguramente, *Sentimientos* ni *Paco Pica Poco*, está hecha con más acierto que la anterior. En ella no se habla de suertes completamente desconocidas hasta ahora, como los pases de farol, ni se compara la cabeza de ningún toro con la de Séneca’. Y don Juan Menéndez Pidal, en su saladísima sección titulada *A punta de tigera*, con g aunque no ignoraba que se escribía con j, contestó a *El Adalid* noblemente en éstos o parecidos términos: ‘El autor de la primera revista de toros publicada en este periódico no se enmienda jamás; se arrepiente de sus yerros cuando comprende que los ha cometido

⁸ GIL, Rodolfo, *ob. cit.*, I tomo, pp. 287-289.

⁹ MONTIS, *ob. cit.*, tomo III, “Menéndez Pidal y mi pseudónimo” (enero de 1916), pp. 209-213.

¹⁰ El director y mentor de Montis (Asturias, 1861-Madrid, 1915), abogado y diputado a Cortes, fue más poeta, ensayista y periodista que político. Dirigió en sus primeros tiempos *La Lealtad*, y más tarde en Madrid *La Unión Católica*. En la Academia de Córdoba leyó sus trabajos *Las atalayas*, *Crepúsculos* y el prólogo a su obra recopilatoria *La poesía popular en Asturias*.

y procura no reincidir. Por eso el *Triquiñuelas* primitivo cedió los trastos y con ellos el pseudónimo al autor de la última reseña, que es el joven periodista don Ricardo de Montis'. No creo necesario consignar cuánto halagaron a mi vanidad casi infantil las anteriores líneas". Y desde entonces, concluye un Montis a punto de cumplir 45 años, "no solamente en las revistas de toros, sino en los artículos festivos y de costumbres, en las críticas literarias, en las crónicas, en las poesías satíricas, casi siempre he usado la firma de *Triquiñuelas*, y tanto he prodigado este pseudónimo que por él me conocen hoy muchísimas personas más que por mi nombre y apellidos".

2. MONTIS Y LA ACADEMIA

Esa tendencia cáustica en el estilo periodístico de Montis fue extensamente analizada por Luis Valenzuela y Castillo, entonces director de la Real Academia cordobesa, en su discurso de contestación¹¹ al de recepción del periodista como Numerario en la docta institución, hecho que se produjo el 12 de diciembre de 1914, aunque el nombramiento tiene fecha de 8 de mayo de dicho año. Comienza Valenzuela lamentando que el nuevo Académico hubiera ceñido su labor periodística al ámbito de la prensa local (que no le permitía "desplegar, a sus anchas, las facultades nativas ni cultivar holgadamente las actitudes críticas de que está adornado por habérselo impedido el fantasma de las conveniencias de localidad"), y describe su labor diciendo que "como prosista es predominantemente crítico, y como poeta es ante todo satírico", de estrofas "punzantes, sarcásticas, corrosivas". Se detiene más tarde en las *Notas cordobesas*¹², "páginas que reflejan fielmente—ensalza Valenzuela—hechos, actos, usos, tipos atrayentes y simpáticos que pasaron, ofreciéndolos con tintas tan frescas, con colores tan vivos, con sabor de realidad tan puro [...] que van desarrollándose ante nosotros las escenas mismas que el cronista inimitablemente describe". Y lo define como "el periodista aventajado, el poeta distinguido" en el que la vida ha ido depositando "un cierto sedimento de escepticismo, de recelo y de desconfianza hacia los hombres, que quizá hubo de predisponer su alma desengañada al cultivo escabroso de la sátira".

Pero la noche de su ingreso en la Academia no había nada de escepticismo o recelo, sino feliz entrega, en un Ricardo de Montis que entonces tenía 43 años aunque se sentía mucho más viejo de lo que le dictaba su edad. Y es que con aquel acto, que él había querido que se realizara en la intimidad de la sede académica y no en la Casa Consistorial, como al parecer era costumbre en tales ceremonias, Montis cumplía un viejo sueño que nunca se había molestado en disimular. De hecho, fue tan precoz en su aspiración que con sólo 15 años participó en una sesión poética en esta casa. En aquella ocasión, tras cederle la palabra el director, Francisco de Borja y Pavón, el chico de voz temblona que dos años antes se había atrevido a recitar sus primeros versos en el Centro Filarmónico leyó su poema *La Virgen de Haití* como pudo, impresionado por la solemnidad del ambiente.

Pero era demasiado joven para entrar oficialmente en la Academia, de modo

¹¹ Publicado en el *BRAC* n° 20, año 1927 (pp. 462-472), tras el discurso de Montis (pp. 449-462).

¹² Sobre las *Notas* se pronuncia también el catedrático de Literatura y académico ORTIZ JUÁREZ, José María. Salcedo (*ob. cit.*, p. 140) se hace eco de un artículo suyo (no cita lugar ni fecha de publicación, pero probablemente apareció en el diario *Córdoba*, del que era asiduo colaborador) en el que las define como "una variada y riquísima colección de acuarelas sin pretensión literaria, sin otro objetivo que el de que no se perdieran para siempre aquellos tipos y escenas de una vieja ciudad que él quiere legar a la posteridad como testigo fidedigno".

que hubo de esperar unos años hasta ser recibido primero como Correspondiente y después, gracias a la fama y prestigio adquiridos con los dos primeros tomos de sus *Notas cordobesas*, con todos los honores de Numerario. Lo hizo con un documentado discurso en el que además de desarrollar prolijamente su enunciado (*Periódicos y periodistas cordobeses* lo tituló), pronunciaba una declaración de principios en toda regla sobre su forma de entender el oficio: "Sin que lo entibien los desengaños ni las amarguras, más frecuentes en esta profesión que las satisfacciones y los triunfos, el periodismo ha llegado a constituir parte integrante de mi existencia -confesaba como epílogo de su alocución-. Por eso cuando después de una noche interminable de ruda labor, aletargado el espíritu, falta de alientos para continuar el trabajo, oigo el motor de la máquina de la imprenta preludiar su monótona canción y un momento después veo surgir el primer ejemplar del periódico a que he dedicado la velada, siento súbitamente renacer las energías físicas, brotar las ideas en el cerebro, rebosar la alegría de mi alma". Toda una declaración de amor en quien a partir de ese momento habría de vivir con el corazón partido entre el periodismo y la Academia, en cuyo *Boletín* sin embargo no consta ninguna otra aportación de Montis, algo que podría explicarse por el hecho de que la meritoria publicación -compendio del saber del último siglo en Córdoba- no empezó a publicarse hasta 1922¹³ y no siempre recogía todas las intervenciones, pues incluso el mismo discurso de recepción no entró en imprenta hasta trece años después.

3. UNA 'NOTA' LLENA DE ADMIRACIÓN

Sin embargo, el periodista-académico no desaprovechó la menor oportunidad de escribir sobre la institución, a la que dedicó elogiosos artículos antes y después de pertenecer a ella. En el recogido (sin fecha de publicación) en el volumen primero de sus *Notas*¹⁴ ofrece a base de anécdotas y observaciones un tanto deslavazadas, pero muy curiosas, la historia y costumbres del primer siglo de vida de esta corporación. Su lectura trae al presente los modos y la atmósfera de antaño, además de mostrar el estilo natural del autor, a caballo entre el dato erudito y la espontaneidad, de ahí que por su interés lo reproduzca íntegro:

"Desde época remota, casi todos los sábados, durante las primeras horas de la noche, varias personas respetables, hombres de ciencia, literatos y artistas, penetran en el viejo edificio de la plaza del Potro que fue hospital de la Caridad, dirjense (sic) a una de las puertas de su extenso patio y se pierden en las revueltas de una escalera: son nuestros académicos que acuden a celebrar sesión.

En un espacioso local, modestamente decorado, ocupan los sillones que se extienden en dos filas y los bancos colocados detrás, los cuales dan a la estancia un aspecto de convento antiguo.

Dos amplios bufetes y varios estantes llenos de libros y legajos completan el mobiliario, y adornan los muros algunos lienzos con retratos al óleo de cordobeses ilustres. En lugar preferente destaca un busto, en barro, hecho por el escultor Inurria, del sabio cronista de Córdoba don Francisco de Borja Pavón.

Tras los preliminares propios de las sesiones de toda sociedad o corporación, leen trabajos literarios o estudios científicos, discuten varios temas de interés, cambian

¹³ Para conocer el trabajo académico en buena parte del siglo XX es de consulta imprescindible el índice de los primeros cien números del *Boletín* (años 1922-1979), por Juan José VÁZQUEZ LESMES. *BRAC*, Córdoba, 1979.

¹⁴ MONTIS, *ob. cit.*, tomo I, "La Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes", pp. 191-195.

impresiones sobre asuntos de actualidad y después de pasar unas horas en amigable consorcio, abandonan de nuevo el vetusto caserón y se despiden hasta el sábado siguiente. Tal es la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba que, gracias a su humilde vivir y a la buena voluntad y perseverancia de sus miembros, ha cumplido los cien años de existencia, mientras otras entidades análogas, liceos fastuosos y ateneos, al parecer florecientes, murieron al poco de nacer, no dejando huella alguna de su labor.

También han contribuido de modo notable a esta longevidad de la Academia los méritos indiscutibles de sus diez directores: don Manuel María de Arjona, don José Meléndez Fernández, don Miguel de Alvear, don Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, don Carlos Ramírez de Arellano, don Rafael Fernández de Lara Pineda, don Francisco de Borja Pavón, don Teodomiro Ramírez de Arellano, don Manuel de Sandoval y don Luis Valenzuela que la preside actualmente.

A pesar de su modestia, por ella han desfilado hombres de tanta valía como el inmortal don Ángel de Saavedra, y personas ilustres por su inteligencia privilegiada, no sólo de toda España sino aún del extranjero, se han honrado y se honran con el título de Académicos Correspondientes de la centenaria y docta corporación cordobesa.

Poetas de tan altos vuelos como el inolvidable hispanófilo Juan Bautista Fastenrach, Salvador Rueda, Antonio Fernández Grilo y otros deleitaron con la lectura de sus maravillosas composiciones a los académicos de nuestra ciudad, esparciendo torrentes de armonías en aquella estancia, silenciosa de ordinario, y haciendo desaparecer, por unos momentos, la adusta severidad propia de las antiguas academias.

Uno de los actos más curiosos celebrados por referida sociedad fue una sesión de honor, no de un gran escritor ni de un artista eximio, sino de una pobre mendiga, que logró celebridad en Madrid: la *Ciega del Manzanares*. Azares de la fortuna trajeron a Córdoba a esta pobre y admirable mujer que, sin más instrucción que la recibida de un pobre sacerdote, profesor de Latín, a quien sirvió de criada antes de perder la vista, hablaba con asombrosa corrección el idioma del Lacio e improvisaba versos latinos, rotundos y sonoros.

Don Francisco de Borja Pavón invitóla para que concurriese a la Academia y la *Ciega del Manzanares* hizo en ella gala de sus profundos conocimientos de la lengua clásica saludando a la corporación con un discurso correctísimo al que contestó, también en latín, nuestro inolvidable cronista.

En los años 1872 y 1878 organizó la Academia lucidos juegos florales, en los que fueron premiados don Dámaso Delgado y don Emilio de la Cerda por sus trabajos acerca de *La batalla de Munda*; don Teodomiro Ramírez de Arellano, don Rafael Blanco Criado, don José Ramón Garnelo y don Aureliano González Francés por sus composiciones al tema *Una excursión a las Ermitas de la Sierra de Córdoba*; don Manuel Fernández Ruano y don Luis Balaca Gilabert por sus odas a *San Eulogio*; don Rafael Ramírez de Arellano y don Rafael de la Helguera por sus cantos a *Pablo de Céspedes*, y don Salvador Barasona Candán y don Miguel José Ruiz por sus leyendas acerca de *Medina Azahara*.

Si gratas han sido siempre las fiestas de la Academia, mayor encanto han tenido aún aquellas reuniones íntimas, a las que asistían muy pocas personas, que se verificaban hasta hace quince o veinte años. En ellas deleitaban a los concurrentes Pavón con algunas de sus *poesías reservadas*, en las que campean el ingenio, la gracia, la donosura y la picardía de las composiciones más famosas de Quevedo, y Fernández Ruano con aquellos artículos humorísticos que hicieron popular el pseudónimo de *Martín Garabato* en el periódico *La Lealtad*.

Después leíase la correspondencia de amigos y compañeros tan ocurrentes como González Ruano, el vecino del *Ventilado Montemayor*, y Romero Barros, Jover y Paroldo, Sierra, Trasobares y otros contaban sucesos de su vida, aventuras, anécdotas, generalizándose una charla deliciosa, aménísima.

En algunas de estas reuniones organizáronse giras campestres y no pocas terminaron con una modesta cuchipanda.

Allí nació la idea del banquete con que, una Nochebuena, obsequió el Marqués de Jover a los Académicos de Córdoba, sin duda por no ser menos que el Conde de Cheste. Invitóles por medio de un soneto, y puso la condición para poder asistir a la comida, de que los convidados habían de contestar, aceptándola, en otro soneto escrito con los mismos consonantes del suyo. Esta exigencia sirvió de pretexto para una velada literaria memorable.

La Academia de Córdoba, en las postrimerías del siglo XIX, dio muy pocas señales de existencia, pero al hacerse cargo de su dirección don Teodomiro Ramírez de Arellano adquirió nueva vida, merced a los entusiasmos de aquel erudito escritor y al cariño que le profesaba.

En su época proveyéronse casi todas las vacantes que había de Académicos de Número y esto motivó una serie de brillantes recepciones, efectuadas con gran solemnidad en las Casas Consistoriales. Él también inició y llevó a feliz término la idea de conmemorar el centenario de Pablo de Céspedes con otra fiesta literaria, que se celebró el año 1908, en el edificio donde está la Academia.

Después un literato prestigioso, de iniciativas, de grandes alientos, presidió la vieja corporación; con él y con otros elementos análogos entraron en ella auras de juventud, corrientes de vida, y no es aventurado suponer que la Academia, después del centenario de su fundación, renazca como el Ave Fénix de sus cenizas para honra y prez de la ciudad de los Sénecas.

Ricardo de Montis fue también académico de la de San Fernando y de la Real Academia de la Historia. Y aunque no parece que saliera nunca de Córdoba, mantuvo especial contacto literario con Málaga, siendo socio de la Junta Poética Malacitana, miembro de la de Escritores y Artistas Laureados y protector de la Academia de Declamación Malagueña. Coincidiendo con la salida del último tomo de las *Notas* —la mala salud le impidió continuar las entregas— la ciudad de Córdoba, por aclamación popular, solicitó para él en 1930 la Medalla del Trabajo, que le fue concedida. A finales de octubre de ese año vino a Córdoba a imponérsela el ministro del ramo en el Gabinete del general Berenguer, Pedro Sangro Ros de Olano.

Cuatro años antes, convertido ya Montis en toda una celebridad, la Asociación de la Prensa —entonces presidida por Eduardo Baro— había formado una comisión para rendirle tributo. A los postres del banquete, según recuerda Salcedo Hierro¹⁵, el homenajeado dio lectura a un poema que tituló *Autobiografía*, en el que revelaba las claves de su existencia. Pasó luego a formar parte de su libro *Flores de Sierra Morena*, íntimo y personal, y es el que sigue:

“Señores: con asombro, con emoción intensa,
recibo este homenaje que brinda la amistad;
por él deudor os soy de gratitud inmensa,
tan grande, tan profunda, como vuestra bondad.

¹⁵ SALCEDO HIERRO, Miguel, *ob. cit.*, pp. 85-86.

¿Qué hice para obtenerlo? ¿Tal honra es merecida?
Yo mismo me pregunto y no sé contestar:
no hice más que en el rudo combate de la vida,
noble y serenamente, sin tregua batallar.

En la edad en que nacen, cual flor, las ilusiones,
las dulces esperanzas, yo todo lo perdí;
mi hogar hallé cubierto de fúnebres crespones;
desamparado y huérfano en la niñez me vi.

El golpe fue terrible, ¡la muerte de mi padre!
Falto ya de cimientos hundíase mi hogar...
Enjugué con mis besos el llanto de mi madre.
¡Se tornó el niño en hombre y empecé a trabajar!

Náufrago de la vida, la tabla salvadora
que me condujo al puerto, en el trabajo hallé;
por eso desde entonces trabajo hora tras hora,
gozoso, satisfecho, con entusiasmo y fe.

Aquí tenéis, señores, sucintamente expuesto
lo que ha sido mi vida, mi historia, mi labor;
y ahora, otra vez pregunto: señores, todo esto
¿no es vulgar y corriente, merece tal honor?

Decís que de esta tierra, sin par, soy su cronista
que, como fue, del tiempo surgir la hace a través;
yo no soy más que un pobre y humilde periodista
que siente y piensa y habla y escribe en cordobés.

Mas como bien nacido en este pueblo hidalgo
que el lema de muy noble ostenta en su blasón,
me rindo ante vosotros pues sé que nada valgo
y en estos pobres versos os doy mi corazón"

4. UN SOLITARIO DE ASPECTO DESCUIDADO

Pero, agradecimientos aparte, toda esta cosecha de honores –a la que se suma el gesto de la Diputación, que en 1940, un año antes de su muerte, le concedía 500 pesetas “en atención a los servicios prestados”¹⁶- no alegraba demasiado el atribulado ánimo de Montis. Un señor taciturno y quizá hipocondríaco al que Luis Valenzuela describía la misma noche en que le daba la bienvenida a la Academia –no sin cierta malevolencia a pesar de las circunstancias de guante blanco- como “de grave continente, andar reposado, ademanes rígidos, barba descuidada, muy miope, con tendencias a la obesidad y algo despreocupado en el vestir”. Para rematarlo, Valenzuela terminaba su discurso

¹⁶ PORRO HERRERA, María José, *ob. cit.*, p. 279.

haciéndose lenguas de su extremada modestia. “¿Será Montis un caso de misantropía disimulada? –se preguntaba-. No lo sé, pero presumo que nuestro compañero es un fugitivo de la sociedad o por lo menos un solitario del destino que no se adapta bien a las prácticas corrientes de la vida [...] ¡Dichoso él que ha sabido llegar a la madurez de los años sin haber perdido en el camino la virginidad de la verdadera modestia!”.

No estuvo muy oportuno el director de la Academia, pero lo cierto es que llevaba más razón que un santo. Alguien de quien no cabe la más mínima sospecha de animadversión hacia don Ricardo, Durán de Velilla, lo retrataba muchos años después de este modo¹⁷: “Era muy descuidado en su indumentaria y su higiene personal acusaba deficiencias muy lamentables. No usaba más traje que uno bastante raído, de invierno, rematado en esta estación por un bombín prehistórico, y en verano por un sombrero de paja, bastante deteriorado y que podría saber tanta historia de Córdoba como su propietario”.

Y es que, según parece, los Montis siempre han sido “un poco raros”. Eso al menos es lo que piensa Amador Vázquez de la Plaza Montis, su sobrino nieto (la madre de éste, Enriqueta de Montis y Soto, era prima del periodista). “Hemos sido una familia de artistas: escritores, músicos, pintores, gente muy sensible, pero un tanto peculiar, muy independientes y muy nuestros”, afirma este octogenario con pinta de prohombre del siglo XIX, todavía romántico y un tanto bohemio a sus 81 años. Amador Vázquez, que ha sido perito industrial y capitán de barco, nos recibió junto a su mujer, Conchi Gálvez, en su casa de Torremolinos, donde el matrimonio reside desde hace tiempo rodeado de retratos de los Montis –aunque ninguno de Ricardo- firmados por Julio Romero de Torres y Rodríguez Losada.

“Todos los Montis han pertenecido a la orden de Malta y Jerusalén, y han sido sus consejeros sin ser altezas reales”, asegura mesándose la cuidada barba este melómano que confiesa haber vivido siempre “entregado a la cultura y el placer”. Vázquez de la Plaza, que siendo niño visitaba con sus padres a su tío abuelo, lamenta “no haber nacido antes para haberlo conocido mejor, haber disfrutado de su época de esplendor literario y ahora poder contar más cosas de él”. Recuerda, eso sí, reforzado en la memoria por su esposa, los últimos y tristes años de su pariente. “Al morir Estrella, su hermana, se quedó muy solo. Como los dos eran solteros (aunque él había tenido una novia que lo dejó para casarse con un labrador acomodado), habían vivido juntos en su casa de la calleja del Barbero, a la que luego le pusieron su nombre. A veces recibía visitas de amigos como Ricardo Molina –dice-. Pero estaba muy amargado”.

“Los Montis jamás en la vida te harán una faena, pero han sido gente de mucho carácter, un poco soberbios; menos éste, que es un alma cándida –tercia Conchi-. Y Ricardo, por lo que tengo entendido, vivió desesperado porque, aun gustándole su profesión, tenía una idea del periodismo en plan parsimonioso, y eso no se correspondía con lo que hacía”.

Pero lo que sobre todo atormentó la vejez de Montis, según sus descendientes, fue la pérdida de visión. “El pobre estaba muy averiado –concluye Amador-. Las cataratas, que entonces no se operaban como hoy, lo acabaron dejando ciego, y eso lo aisló aún más del mundo”.

Su sucesor en la dirección del *Diario de Córdoba* añade más rasgos de su carácter: “Era un conversador muy ameno y a veces hacía gala de una ingeniosidad extremada.

¹⁷ Carta ya mencionada en torno a la personalidad de Montis que Durán de Velilla, su colega y amigo, envió a Miguel Salcedo (fechada en Pya.-Pueblonuevo el 8 de octubre de 1974) y que éste recoge en su *ob. cit.*

Pero, con cierta frecuencia, brotaba en sus palabras una crítica acerba cuando se trataba de enjuiciar a personas de distintas clases sociales que tenían, por alguna causa, relaciones con él. Tenía un carácter apacible, mas en ocasiones, incluso por cualquier causa baladí, solía destapar la caja de los truenos y con su potente y bien timbrada voz atronaba el espacio”.

Arrastraba, como todo solitario, sus manías. Y así Montis, que lo primero que hacía al llegar a la Redacción era quitarse la chaqueta y sustituirla por una sahariana “de color indefinido” (Salcedo *dixit*), cuando todavía conservaba la vista escribía sus informaciones y artículos en cuartillas que iba pegando hasta hacer de ellas una larga cinta que al llegar al taller tenían los linotipistas que cortar en trozos para repartirse los trabajos de composición. “Tenía don Ricardo una letra endiablada –añade Durán de Velilla-, debido acaso a la miopía que le aquejaba desde su juventud. Como no distinguía el blanco de las cuartillas ni el negro de la tinta, hacía como que escribía y por tanto se engañaba a sí mismo. Ello, aparte de las veces que sin darse cuenta hacía correr la pluma sobre la tapa de madera de la carpeta de su pupitre. Resultado de todo esto es que empezaba un renglón en la parte superior del papel y seguía escribiendo en diagonal hasta alcanzar el extremo opuesto de la cuartilla. Se hizo, pues, preciso que el jefe de talleres, don Claudio Cuadro, que era el taumaturgo que medio entendía su letra, le leyera las cuartillas y fuera corrigiendo a medida de lo que Montis le indicaba las palabras que habían quedado en blanco o que eran indescifrables”.

Pero ni sus rarezas ni ese ensimismamiento de los últimos años hicieron que don Ricardo abandonase el placer de la amistad. Fue muy amigo de sus amigos, según todos los testimonios. Entre otros lo fue del compositor Ramón Medina, que lo acompañó largas horas en su casa cuando por culpa de la enfermedad tuvo que atrincherarse en ella. Pero, sobre todo, mantuvo una entrañable amistad con la familia Romero de Torres, y cada domingo, sirviéndose de su hermana de lazarillo, iba a visitarla. Rafael Romero de Torres fue como un hermano para él y, por extensión, también Julio. Al gran pintor, cuya muerte el 10 de mayo de 1930 lo hundió todavía más en el desánimo, dedicó Montis varios poemas, entre otros dos publicados en el folleto *Séneca y Romero* a modo de separata cultural del *Diario de Córdoba*, en los meses de mayo de 1935 y 36, respectivamente, a modo de conmemoración del fallecimiento del artista. A ellos hemos tenido acceso gracias a la directora de los Museos Municipales, la académica numeraria Mercedes Valverde. Son éstos:

LA MUSA DE CÓRDOBA

“De una casona que antaño
fue asilo de enfermos pobres
y hoy es templo de las artes
y jardín lleno de flores,
sale la Musa de Córdoba,
envuelta en negros crespones,
llorosa, triste, abatida,
después de la media noche.
Cruza la desierta plaza,
tesoro de tradiciones;
sigue por calles que el Betis
arrulla con sus rumores;
santíguase ante un retablo

que alumbran unos faroles,
donde se para el creyente
para elevar oraciones
y se pierde entre las sombras
de aquella apacible noche,
llena de encanto y misterio
que embargan los corazones.
Deja atrás la vieja urbe
cuyas iglesias y torres
en las oscuridad parecen
gigantes aterradores.
Detiéndose unos instantes,
presa de hondas emociones
y en la mansión de la muerte
penetra con paso torpe.
Se arrodilla ante un sepulcro
que está cubierto de flores;
rásgase las vestiduras,
se retuerce en convulsiones
y exclama a la vez que el llanto
por su faz pálida corre:
"Ha muerto Julio Romero,
El mejor de los pintores"

*JULIO ROMERO DE TORRES,
UNA ESTAMPA DE SU VIDA*

"Allá va Julio Romero,
de esta tierra orgullo y prez,
luciendo la airosa capa
y el sombrero cordobés.
Piérdese en el laberinto
de nuestras revueltas calles
y a sus rejas las muchachas
se asoman para esperarle.
Al pasar, él las saluda
con una sonrisa afable
a la vez que les dedica
delicados madrigales.
Aquí un mozo le detiene
la mano para estrecharle;
allí le deja la acera
otro que habla con su amante;
más allá un grupo de obreros,
con entrecortadas frases
de su admiración profunda
le tributa el homenaje.
Llega al sitio en que le aguardan
unos amigos leales,

aunque los amigos cuenta
 por miles en todas partes.
 Poco después la guitarra
 lanza sus notas vibrantes
 y se oyen coplas sentidas
 de esas que en el alma nacen.
 Al mismo tiempo en las copas
 como el sol refulge y arde
 el Montilla, que transmite
 vigor y fuego a la sangre.
 Todo en honor del maestro,
 del pintor inimitable
 que plasmó el alma andaluza
 en sus lienzos inmortales.
 Cuando la reunión termina
 por nuestras revueltas calles
 piérdense aquellos fervientes
 enamorados del arte...
 Y allá va Julio Romero,
 de esta tierra orgullo y prez,
 luciendo la airosa capa
 y el sombrero cordobés"

5. UNA CURIOSA RELACIÓN EPISTOLAR

De esa amistad con los Romero de Torres da buena cuenta el trabajo de María José Porro¹⁸ sobre el inventario de la biblioteca, hemeroteca y archivo del fondo Romero de Torres, donde fueron a parar los libros, archivos, cartas y documentos personales de la familia de Montis a la muerte de don Ricardo. "La soledad y la ceguera que cubrieron los últimos días de Montis se vieron aliviados en parte por esta familia que lo protegió hasta el final; el agradecimiento de Ricardo de Montis sólo podía manifestarse con la donación a esta familia de sus bienes más entrañables: libros, cartas, apuntes de clase, títulos académicos, administrativos y honorarios de su padre y suyos... La donación no parece que haya sido hecha constar en testamento, por lo que durante algún tiempo la pregunta formulada sobre adónde habría ido a parar su biblioteca no podía recibir contestación", explica la actual secretaria de la Real Academia antes de aventurarse en un exhaustivo e interesante catálogo de los papeles hallados.

A María José Porro se debe también otro estudio¹⁹ que revela una tardía amistad de Montis –eso sí, sólo epistolar– con una dama cordobesa afincada en Barcelona. Se llamaba Camelia Cociña, y resultó ser una notable poetisa cuya obra dio a conocer el periodista en su ciudad natal, de la que había salido siendo niña, a través de sus escritos en prensa, lo que propició que la Real Academia pusiera sus ojos en ella y la nombrara

¹⁸ PORRO HERRERA, María José, *ob. cit.*, p. 272.

¹⁹ PORRO HERRERA, María José, "Las cartas de Camelia Cociña a Ricardo de Montis". Separata del *BRAC*, enero-junio 1995. Año LXVI-nº 128. La misma autora ha investigado sobre la curiosa relación epistolar en lo que tiene de elaboración y declaración de una poética propia en "Poética para una mujer : las cartas de Camelia Cociña a Ricardo de Montis", en *Las mujeres en Andalucía*. Actas del II Encuentro Interdisciplinar de Estudios de la Mujer en Andalucía. Coor. M^a Teresa López Beltrán, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1994, vol. III, pp. 145-169.

correspondiente en 1914²⁰. Todo había comenzado con un artículo de Montis sobre su padre, el escritor Vicente Manuel Cociña, al que ella respondió con una carta de agradecimiento hacia su autor, quien quedó tan encantado del estilo y personalidad de la señora, entonces ya viuda, que a su vez le respondió con otra extensa *Nota*²¹ laudatoria. A partir de ahí ambos mantendrían desde el 15 de diciembre de 1913 al 27 de marzo de 1927 una curiosísima correspondencia de la que se conservan sólo algunas cartas de Cociña, pero suficientes para conocer el mundo interior de la poetisa y su periferia doméstica. Y, especialmente, para descubrir una nueva faceta de don Ricardo, convertido en un galante admirador de la dama. Pero todo eso ocurrió mucho antes de que la enfermedad y la desdicha fueran consumiendo a Montis, que se apagó del todo el 4 de julio de 1941, a los 70 años.

DANIEL AGUILERA, EL CATOLICISMO LLEVADO A LA ROTATIVA

Como ha recordado recientemente otro periodista paisano suyo, el redactor del diario *Córdoba* Francisco Expósito²², el baenense Daniel Aguilera Camacho fue el primer seglar que dirigió una publicación católica en la provincia, *El Defensor de Córdoba*, al que permaneció vinculado durante cuarenta años. Lo estuvo hasta el mismo día de su cierre, pues a él le tocó la dolorosa tarea de dar sepultura al periódico el 30 de septiembre de 1938, justo el mismo día que desaparecía el *Diario de Córdoba* de los quioscos para siempre. A partir de entonces Aguilera, periodista de raza, mató el gusanillo de la escritura volcándose en la Real Academia de Córdoba, que lo eligió Numerario dos años más tarde de su jubilación forzosa. A ella se entregó a corazón abierto a través de diversos ensayos en los que volcó lo mejor del saber acumulado a lo largo de su ejercicio profesional. También dejó constancia en varios trabajos de su ideario –que tiraba para ultraconservador- y de su fervor mariano, el mismo que le hizo protagonizar una anécdota con unos jovencísimos Ginés Liébana y Pablo García Baena que éste todavía recuerda riendo: “Don Daniel, que era un señor más bien bajito, un poco gordo y que vivía en la calle Ambrosio de Morales, en una casa con el azulejo de la Virgen del Pilar en el patio –dice el poeta-, iba en la Semana Santa de 1935 en la procesión del Santo Entierro con un cirio en la mano y aire severo. Y al ver que nosotros no nos estábamos quietos, nos riñó furioso: “¡Niños, ¿qué pasa? Cristo ha muerto!”.

Pero vayamos por partes. Primero, he aquí algunos datos biográficos. Daniel Aguilera Camacho nació el 10 de abril de 1877 en la citada localidad del Guadajoz y vivió su niñez al cuidado de su abuela, pues se quedó sin madre al poco tiempo de nacer. Se marchó a Madrid a cursar el Bachiller en el Instituto Cardenal Cisneros, pero sólo estuvo dos años en la capital de España, de donde pasó a Ronda y al poco tiempo a Córdoba con la resolución de hacerse sacerdote. Inició los estudios eclesiásticos en el Seminario Menor, y los continuó en el Seminario Conciliar de San Pelagio, donde muy pronto, con apenas 14 años, unió a su vocación sacerdotal la de contar lo que veía a su alrededor. Y es que a esa edad, además de escribir versos, hacía ya a mano una gaceta

²⁰ PORRO HERRERA, María José, “Primeras académicas de la Real Academia de Córdoba”, *BRAC*, enero-junio, año LXXXVI, nº 152, 2007: pp. 145-154.

²¹ MONTIS, R., “Los cementerios” y “Un escritor muerto en Córdoba y una poetisa cordobesa desconocida en esta ciudad”, en *Notas cordobesas*, tomo II, pp. 83-93 y 167-189 (apéndice).

²² EXPÓSITO EXTREMERA, Francisco, *Personajes baenenses del siglo XX*. Diez años de Cancionero, Ayuntamiento de Baena, 2006.

que circulaba entre los futuros curas.

La guerra de 1896 hizo que aparcara su vocación religiosa —que no la de *letraherido*— y se incorporara a filas. Zarpó de Cádiz hacia San Juan de Puerto Rico, desde donde más tarde pasaría a Aibonito. En el Nuevo Mundo, lo mismo convive con las armas desde la 32 Estación Óptica que con el verso y la prosa, hasta que, tras el desastre colonial, desembarca en septiembre de 1898 en La Coruña. Pero el joven que vuelve a España no es el mismo que se fue. De regreso al Seminario cordobés descubrió que ya no le tentaba más sacerdocio que el de la escritura. Como además en su casa, muerto también el padre, hacían falta ingresos económicos, probó a enviar al *Diario de Córdoba* un artículo que no se atrevió a publicar con su propio nombre. Era 1899 y había nacido una estrella. A partir de ahí no iba a cesar su tarea periodística. Además de en el citado periódico, colabora en *El Español* y *El Defensor de Córdoba*, cuya cabecera se titulaba *Diario liberal-conservador*, nombre del partido político creado por el Conde de Torres Cabrera. En este último rotativo su carrera sería fulgurante: dos años después de entrar a formar parte de la Redacción, en abril de 1902, Aguilera —que, lejos ya su aspiración a enfundarse los hábitos, se casó con Clementina Rodríguez Betancourt— es nombrado director interino al enfermar el titular, José Navarro Prieto, que ya nunca volvería a reincorporarse a su puesto. Dos meses más tarde le es transferida también la propiedad del periódico, lo que acabaría siendo para él un regalo envenenado, pues durante décadas tuvo que luchar denodadamente por su supervivencia. La del periódico y la suya propia.

Aguilera Camacho conjugó toda la vida sus responsabilidades al frente del *Defensor de Córdoba* —ayudado en esto por su hermano Victoriano— con infinidad de publicaciones, pues vivió preso de una fructífera incontinencia literaria. Pero cuanto salía de su pluma tenía un denominador común, la defensa de la tradición, además de combatir todo lo que le sonara a injurias a la patria, al ejército, a la monarquía y por supuesto a la religión. Un ideario ejercido sin fisuras, a veces rozando el fundamentalismo, que le granjeó no pocas críticas de los sectores liberales. Escribió doce obras en verso, entre ellas un auto sacramental en ocho jornadas titulado *La Virgen de la Fuensanta* y el poemario *Sin ritmo*, con prólogo de Enrique Redel, al igual que el que había sido premiado, en 1902, con un galardón establecido por el obispo, que se centraba en la figura de San Eulogio. En prosa dejó escrita otra docena de libros, entre ellos *Una campaña periodística por la iglesia y por el clero*, *La prensa católica y algunas de sus necesidades*, *Impresiones de un peregrino*, *Plumadas* y otra dedicada a reseñar todas las imágenes marianas que recibían culto en la provincia, además del ensayo teatral *Sin vocación*, que quedó inédito.

Al día siguiente de su muerte, acaecida el 19 de abril de 1955, nueve días después de haber cumplido los 78 años, el diario *Córdoba* —donde encontró acomodo Victoriano— publicó una emotiva despedida al colega de la competencia. En ella se definía a Daniel Aguilera, “escritor de pluma ágil y galana”, como “uno de los cordobeses de más recia personalidad de estos últimos tiempos. Con él se cierra —continuaba el obituario— una página brillante del periodismo auténticamente sentido y ejercital”. En virtud de esos méritos, el Ayuntamiento le dedicó una calle en Cañero.

Pero, si de indagar en el día a día periodístico de don Daniel se trata, es indispensable acudir a las palabras de José María Rey Díaz en su contestación al discurso de Aguilera al ser éste recibido como académico numerario²³ en 1940. El cronista, que agradece

²³ REY DÍAZ, J.M., *BRAC* nº 49 (1944); pp. 165-186.

a Aguilera –vecino suyo en la calle Armas- que en 1911 le hubiera dado carnet de redactor de *El Defensor*, recuerda al que fue su jefe (más a título afectivo que real) “corriendo de un lado a otro, repasando febrilmente la prensa diaria del resto de España, haciendo milagros con la velocidad del tiempo, atravesando disparado las calles que separaban su casa del lugar donde acaecía cualquier hecho de bulto, volando a la central telefónica –en tiempos- a recoger las conferencias que le gritaba a todo vapor, por el hilo maravilloso, la voz de la agencia *Mencheta*, ejercitando una curiosidad incurable, con una mirada escudriñadora [...], sin querer entender jamás los modernos cánones de la división del trabajo”. Y es que Aguilera, según Rey Díaz, “mimaba a su hijo, el periódico, antes de nacer cada día, al nacer y hasta dejarlo andando; cuerda en mano, midiendo, disponiendo la confección a su gusto, revisando cabeceras, supliendo faltas o retirando sobras”. Y sugería a futuros investigadores del periodismo local el siguiente epitafio: “Daniel Aguilera Camacho. Hizo 40 años, día tras día, *El Defensor de Córdoba*; y lo hizo desde el cimiento al remate, desde la cabecera al pie de imprenta”.

1. ‘EL DEFENSOR DE CÓRDOBA’ Y LA DETENCIÓN DE SU DIRECTOR

La prensa católica cordobesa tuvo pocos pero importantes diarios. El primero fue *La Verdad*, que apareció en 1894 y aguantó un par de años. Le sucede *El Noticiero Cordobés*, que dura seis años (1902-1908) y cuya imprenta acabó adquiriendo Aguilera. Mucha más resistencia demostró *El Defensor de Córdoba*, que fue un notable competidor del *Diario de Córdoba* durante sus últimas cuatro décadas de vida. *El Defensor*, surgido en la misma época que el sevillano *El Correo de Andalucía*, estuvo “inspirado –apunta el profesor Cuenca Toribio²⁴- por sus mismas ideas religiosas y políticas de corte acusadamente conservador”. Una tendencia integrista que para algunos estudiosos del tema fue más moderada que en el resto de Andalucía²⁵, mientras que otros como Antonio Checa²⁶ no dudan en señalar que hacia 1908 *El Defensor*, que había aparecido en 1899 y permanecido hasta entonces cercano al partido conservador, rama de Silvela, “se inclina poco a poco hacia el integrismo de la mano de Daniel Aguilera Camacho”.

Mucho más indulgente era el juicio que hacía en 1973 el periodista Juan Ocaña²⁷ de su colega y del medio por él dirigido en la revista *Tambor*. Recordaba las campañas humanitarias emprendidas por el rotativo ante diversas catástrofes como un terremoto en Montilla, el incendio de la ermita del Campo de la Verdad o la restauración del Pilar de Zaragoza. Y continuaba echándole unas flores que hoy día, tal como ha evolucionado la sociedad, para muchos serían cardos borriqueros. “Aparte su catolicismo –afirmaba Ocaña-, se distinguía esta publicación por la entereza, valentía y hombría en defender las viejas costumbres, atacando las ideas anticlericales, matrimonio civil, escuela laica, etc.”. Y añadía que en ocasiones llegó a censurar al Gobierno de la nación, “como en aquel caso de concesiones a la posición británica en Gibraltar”.

La indisimulada tendencia monárquica de *El Defensor* le supuso alegrías y disgustos. Así, lo mismo que le acarreó varios atentados durante la República, también le proporcionó momentos de gloria como el que vivió con motivo de la visita a Córdoba

²⁴ CUENCA TORIBIO, José Manuel. *Historia de Córdoba*, 2ª edición, Librería Luque, Córdoba, 2002, p. 175.

²⁵ PORRO, María José. “Prensa cordobesa del siglo XX: una aproximación”. Separata del *BRAC*, julio-diciembre 1994, año LXV-Número 127, p. 399.

²⁶ CHECA, Antonio, ob. cit., pp. 251-252.

²⁷ OCAÑA, Juan. Revista *Tambor*, Baena, 1973. Ocaña había sido colaborador de varios periódicos.

de Alfonso XIII el 23 de mayo de 1921, al reproducir íntegro y en exclusiva –desoyendo la orden del ministro De la Cierva– el discurso en el que el rey cuestionaba la eficacia del sistema parlamentario.

Sucedió en el Círculo de la Amistad, y así lo narra Juan Gómez Crespo²⁸: “Al parecer, se trataba de una comida íntima en que no se pensaba hubiera discursos. No obstante, don Alfonso requirió al alcalde don Francisco Fernández de Mesa para que dijera unas palabras que le permitieran a él contestar. En su discurso, el rey se refirió a la ineficacia de los gobiernos y del sistema parlamentario imperante, que hacían ineficaz toda labor constructiva en bien del país. Don Juan de la Cierva que acompañaba al monarca como ministro de jornada, acogió el discurso con visibles muestras de preocupación; según testigos presenciales, salió del salón llevándose las manos a la cabeza. En una tarjeta del menú, había redactado una versión convencional del discurso del rey y la entregó a los periodistas diciéndoles que era a lo que debían atenerse, y el propio La Cierva la llevó personalmente a telégrafos para difundirla en las agencias informativas. No obstante, don Daniel Aguilera publicó en *El Defensor* la versión íntegra, y el periódico hizo una campaña considerando el discurso de don Alfonso XIII nada menos que como una nueva Covadonga y abrió una suscripción pública para que se perpetuara en el lugar en que fue pronunciado en letras de oro. Cuando se conoció el discurso en los medios nacionales, llegó a tener estado parlamentario y fue objeto de censura, sin que tuviera la reacción favorable que cabía suponer”.

En la noche del viernes 18 de agosto de 1932, ocho días después de que el general Sanjurjo protagonizara un frustrado golpe de estado en Sevilla, Daniel Aguilera es arrestado al aplicársele la resolución de detener a los directores de los periódicos católicos, suspender las publicaciones (125 fueron clausuradas) e incautar sus talleres e imprentas. La *sanjurjada* costó a Aguilera, detenido sin que pesara ningún cargo en su contra, día y medio de cárcel, y a su periódico trece días de suspensión. Pero a cambio tuvo la satisfacción de ver cómo el hecho despertó la inmediata solidaridad de sus compañeros. Este episodio lo ha investigado en profundidad Álvaro Vega²⁹, quien relata que nada más trascender lo sucedido, el director de *La Voz* y dirigente del Partido Republicano Radical, Pablo Troyano (luego presidente de la Diputación), se ofreció a los familiares del colega y lideró un movimiento de ayuda que *El Defensor* mismo narraba en su número de reaparición el 1 de septiembre. “Creyó el señor Troyano –agradecía Aguilera en el rotativo monárquico– que debía hacer algo más y visitó a otros periodistas distanciados de él, y en el breve tiempo logró el asenso de todos los que trabajan en los diarios cordobeses, que solicitaron una audiencia con el señor gobernador”. Triunfó el compañerismo, “y aparte de las ideas de cada uno defendidas sinceramente –continuaba el artículo–, el proceder del sábado 19 de agosto debe imperar en todos los periodistas cordobeses para continuar cada uno su camino [...] y vivir abrazados como hermanos en lo que a la profesión se refiere”.

2. DEL 18 DE JULIO A UNA LEY ‘ENTERRADORA’

No hubo igual unanimidad entre la profesión en las turbulentas horas del 18 de julio de 1936. Ese día no se publicó en Córdoba más periódico que *El Defensor*, “que estaba

²⁸ GÓMEZ CRESPO, Juan, *ob. cit.*, p. 112.

²⁹ VEGA, Álvaro, *El papel de la prensa en Córdoba durante la II República*, Diputación de Córdoba-RD Editores, Sevilla, 2006. Capítulo 22, pp. 207-212.

al lado del movimiento antes de producirse” según palabras del propio Aguilera³⁰. Casi cuatro años después, en su discurso de recepción como numerario en esta casa³¹, el propio periodista explicaba su adhesión al Régimen con toda claridad (a fin de cuentas, era lo que se llevaba entonces, de ahí que él reivindicara ser y sentirse franquista de viejo cuño). De modo que, tras despacharse a gusto contra “aquel engendro de República en la que todo mal tuvo su asiento –esgrimía– y aquellos republicanos, masones en su mayoría, que dieron paso libre al marxismo y la hecatombe que éste ocasionó en España”, Aguilera recordaba que fue la prensa católica, o sea su periódico, “la que en los primeros días del alzamiento pregonaba la victoria (...). Fue esta prensa la primera que vio en Franco el hombre providencial que Dios envió a la patria, y defendiendo Dios y patria tenía que amar y enaltecer al Caudillo”.

Sin embargo, ironías de la vida, esa “adhesión inquebrantable” al franquismo no iba a librar a don Daniel del trago más amargo de su vida: el cierre del periódico desde el que había ejercido “una labor misionera, confesional”. La culpa la tuvo, como recordaba el veterano periodista José Luis Sánchez Garrido³² –quien trabajó en las redacciones de *La Voz*, *Azul* y *Córdoba*– un decreto del Gobierno fijando las reglamentarias plantillas de redacción y sueldos de los redactores, directrices que *El Defensor*, siempre atribulado por la falta de medios, no pudo asumir, como tampoco el *Diario de Córdoba*.

Dicho decreto, que fue un paso más de la Ley de Prensa de 22 de abril de 1938 por la que se establecía la total dependencia de los periódicos al Estado³³, fue firmado el 10 de agosto en Burgos por Serrano Suñer. Esta normativa, que *El Defensor* publicaba íntegra en la portada de su último número el 30 de septiembre, establecía la plantilla mínima de Redacción en director, redactor jefe y redactores político, de política extranjera, de mesa, de sucesos, de deportes y espectáculos, así como un taquígrafo y un fotógrafo. Para los diarios establecidos en ciudades de más de 20.000 habitantes los sueldos mensuales debían ser: el director, 1.000 pesetas, 800 el redactor jefe y 400 los redactores; y para poblaciones no mayores de 20.000 habitantes los salarios quedaban en 500, 800 y 300 pesetas, respectivamente.

El Defensor de Córdoba se despedía para siempre de sus lectores con un editorial, titulado *Nuestro deber y nuestro poder*, en el que hacía balance de su ideario y de las trabas sufridas para plasmarlo en papel. “Hemos cumplido el deber que nuestra profesión nos imponía, y nuestra pluma no se vendió al halago o a la merced o al cohecho –se enorgullecía–, ni se torció cuando nos pusieron tropiezos en el camino”. Pero, tras admitir que ese deber “colisionaba con nuestro poder”, el periódico confesaba “con dolor en el alma” que le era imposible “continuar una lucha para la que no tenemos medios”. Y en un suelto bajo el epígrafe de *Compañerismo*, enviaba a los periodistas de los diarios que sí podían seguir abiertos sus mejores deseos de éxito.

3. UNA INTENSA LABOR ACADÉMICA

Aunque la Real Academia de Córdoba lo había elegido miembro correspondiente el

³⁰ Poco después la autoridad militar prohibió la publicación del *Diario de Córdoba* y *La Voz*. Pasados algunos días se autorizó la del primero y tras algunas semanas la del segundo, que acabó en manos de los falangistas bajo la cabecera de *Azul*, con la misma Redacción y en los mismos talleres. Luego acabaría convertido en el *Córdoba* el 25 de julio de 1941.

³¹ AGUILERA, Daniel. *Algo sobre prensa católica*, discurso leído el 20 de febrero de 1940 y publicado en el *BRAC* en su nº 49 (1944); pp. 29/ 145-164.

³² SÁNCHEZ GARRIDO, José Luis, *Cincuenta años de Córdoba*, ob. cit., p. 32.

³³ FERNÁNDEZ AREAL, Manuel. *La libertad de prensa en España (1938-1971)*, Edicusa, 1971.

8 de noviembre de 1913, el ingreso como numerario de Daniel Aguilera tuvo lugar el 20 de febrero de 1940. Para aquella ocasión, eligió como tema de su discurso de recepción lo que había sido para él una obsesión constante, que envolvió en el título de *Algo sobre prensa católica*. En dicho texto, que comenzó presentándose a sí mismo, por si alguien lo dudaba a esas alturas, como “periodista católico por convicción, por educación y por afecto”, consideraba un error creer que un periódico católico sólo debía publicar literatura ascético-mística, sino que por el contrario debía atender todos los frentes informativos, la crítica (“diciendo la verdad sin ambages sobre el aspecto moral de la obra”) y la columna literaria, “cuidando que ésta sea amena, variada, y defendiendo a la prensa del defecto que muchas veces se le ha echado en cara: el de corruptora del lenguaje”.

Y antes de proceder al meollo de su alocución, centrada en hacer historia sobre las cabeceras españolas en general, y cordobesas en particular, adscritas a este ideario, el Aguilera periodista, pero sobre todo el Aguilera empresario, se quiso quitar públicamente una espina, quejándose con amargura de las dificultades que entrañaba sostener un periódico de esa clase³⁴. “Los católicos españoles no creen tener deberes para con su prensa. Ni los que pueden crearla la crean, ni los que a ello están obligados la propagan –criticaba-. Algunos de éstos dicen que el periódico católico, por serlo, ha de defender hasta los intereses particulares de los que así se llaman. En cambio, y conocemos muchos casos de haberlo hecho, dan su dinero al periódico ‘enemigo’ para tener en aquel campo quien les aplauda o les ayude”.

Las dificultades económicas del *Defensor* habían sido tan grandes que el periódico no había dudado en lanzar desde sus páginas campañas pidiendo colaboración a los lectores³⁵, postura que intensificó al llegar la II República. Por aquellas fechas *La Voz*, reconvertida en diario republicano, había acometido su relanzamiento, y el periódico católico, previendo la llegada de peores tiempos para él, no quería quedarse a la zaga, así que intentó sanear sus arcas con la venta de acciones. Se proyectó la creación de una sociedad editora bajo el nombre de *Cruz y Patria* que asumiría la propiedad de *El Defensor de Córdoba*, *La Revista Mariana* –también dirigida por Aguilera– y *El Cruzado de la Prensa*, pero la idea acabó diluyéndose ante el escaso eco social obtenido.

Una vez adquirida la condición de Numerario, y dado que su forzosa cesantía profesional (un periodista no es nada sin un medio al que servir y del que servirse) le dejaba libre el tiempo del que antes no dispuso, Daniel Aguilera se volcó en la Academia, cuyo Boletín vino a suplir el vehículo periodístico del que ya carecía. En la sesión de apertura del curso académico 1946-47 leía un extenso trabajo³⁶ sobre el fundador de la institución, Manuel María de Arjona. Más tarde vendrían otros en torno a San Pelagio³⁷ y Prudencio Aurelio Clemente³⁸. Pero su mayor contribución sería un amplio y muy documentado estudio acerca de la prensa cordobesa del siglo XX³⁹,

³⁴ AGUILERA, Daniel., *ob. cit.*, p. 153.

³⁵ VEGA, Álvaro, *ob. cit.*, capítulo 24: “El diario católico pasa el cepillo”, pp. 223-230.

³⁶ AGUILERA, Daniel, “La personalidad del sabio fundador de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y orígenes de ésta”. *BRAC* n° 56 (1946); pp. 5/149-172 y 57 (1947); pp. 93-121.

³⁷ AGUILERA, Daniel. “El drama de San Pelagio: poema de la monja sajona Roswitha”. *BRAC* n° 61 (1949); pp. 29-44.

³⁸ AGUILERA, Daniel. “El XVI Centenario de Prudencio Aurelio Clemente”. *BRAC* n° 62 (1949); pp. 37/171-176.

³⁹ AGUILERA, Daniel. “La prensa cordobesa del siglo XX”. *BRAC* n° 58 (1947); pp. /143-170. Leído el 20 de mayo de 1944.

fuente indispensable para los investigadores de todo lo que dieron de sí los periódicos y los periodistas en la primera mitad de la pasada centuria.

Más recientemente, el 8 de diciembre de 1994, el nombre de Daniel Aguilera Camacho volvió a sonar entre estos nobles muros, que albergaron un homenaje tributado a su memoria. Lo encabezó el entonces director de la Academia, Ángel Aroca⁴⁰, coincidiendo con el cincuenta aniversario de un discurso pronunciado por aquel devoto marianista sobre el culto de la Inmaculada Concepción en Córdoba. Hoy, por azares del destino, don Daniel ha vuelto a la que fue su casa.

ACADEMIA, LITERATURA Y PERIODISMO: EL HILO DE LA MEMORIA

El periodismo, la literatura e incluso la investigación histórica, como se ha visto, han seguido cauces paralelos pero entrelazados por múltiples afluentes. Y todos han ido desembocando en esta Academia a lo largo de su historia, a veces en una madeja de saberes cruzados (interdisciplinares se les llamaría ahora) de la que, como decía al principio, no es fácil tirar del hilo. Pero hoy ese hilo de la memoria nos conduce a otras muchas figuras que sería injusto no citar aunque sólo sea de pasada, figuras que enriquecieron esta casa, y con ella a Córdoba, nombres que saco de la caja de latón donde se guardan esas viejas fotografías de las que uno ni puede ni quiere desprenderse. (Por cierto, lamento no poder acompañar la lectura en síntesis de este trabajo con imágenes de las personas citadas, pero no he encontrado ninguna de la mínima calidad como para resistir ser acribillada por el lanzaluz del *power point*).

Me ayudaré para este enunciado del que hiciera don José María Rey Díaz —él mismo colaborador de *El Defensor*, *el Diario*, *La Voz* y de todos los semanarios de entonces— en su citado discurso de contestación al de recepción de Aguilera⁴¹. “En la nómina honrosa de miembros, numerarios y correspondientes, de esta Academia provinciana, pero prestigiosa y grave, que ha sentido predilección por los periodistas —señalaba Rey Díaz— están escritas las firmas famosas, desde la del duque-poeta, don Ángel de Saavedra, desde las de Ramírez de las Casas Deza, Juan A. de la Corte y Ruano, marqués de la Corte, hasta Ricardo de Montis, y Pascual Santacruz y Francisco Arévalo, pasando por las dos estirpes de los Ramírez de Arellano, y por los dos Maraver, y por Conde Luque, los hermanos Avilés Merino, Norberto González Auriolos, Grilo, Narciso Sanrenach, Julio Burell, Cristóbal de Castro, Enrique Redel, el padre Julio Alarcón, Juan Ocaña, Guillermo Núñez de Prado y Marcos Rafael Blanco Belmonte”. Una larga lista, en fin, aunque sin que se distinga en ella al verdadero periodista de oficio, al informador, del colaborador en asuntos de letras, artes o ciencias⁴². A esa nómina se podrían añadir

⁴⁰ AROCA LARA, Ángel. “Don Daniel Aguilera Camacho y el nacimiento de la sesión extraordinaria de la Inmaculada”. BRAC nº 129 (julio-diciembre 1995).

⁴¹ Ob. cit., p. 168.

⁴² Ha habido en Córdoba una feraz cosecha de hombres de ciencia atraídos por la prensa. Entre ellos quien dirigía la Academia cuando Rey Díaz escribió su listado de periodistas-académicos, José Amo, asiduo colaborador de revistas especializadas como *Genio Médico Quirúrgico*, *Anales de Ciencias Médicas y El Siglo Médico*; Manuel Ruiz Maya, que dirigió *Selene*, *Ideal Médico y República*, y Rodolfo del Castillo y Quartiellerz, director de la prestigiosa revista mensual *La Andalucía Médica* (1876-1887), correspondiente de la Real de Córdoba desde el 20 de diciembre de 1873 y todo un personaje de su época según recuerda el numerario Ángel FERNÁNDEZ DUEÑAS, otro ejemplo de médico ilustrado, en su documentada tesis doctoral *La Facultad de Medicina de la Universidad Libre de Córdoba y su época (1870-1874)*, Córdoba, 1983, pp. 94-96, y en su trabajo académico “Una revista cordobesa del siglo XIX, *La Andalucía Médica*”. BRAC nº 100, año 1979, pp. 443-454.

otros muchos nombres, como por ejemplo el de Ricardo Molina, quien no sólo pasará a la historia literaria como eximio poeta y cofundador de *Cántico*, sino como autor de numerosos, certeros y bellísimos artículos publicados en el *Córdoba* hasta su muerte, a veces tras el pseudónimo de Eugenio Solís. O, remontándonos mucho más atrás, desde los ya citados Manuel María de Arjona, fundador de esta Academia, a sus directores Francisco de Borja Pavón, cronista de la ciudad y colaborador de varias de sus publicaciones (entre ellas del *Diario de Córdoba*) en temas literarios y e historia local; y a quien lo sucedió a su muerte en 1904 Teodomiro Ramírez de Arellano (1828-1909), historiógrafo, fundador y máxima figura del diario liberal *La Crónica*, al que supo imprimir “un sentido muy cordobés”, según dejó escrito Antonio Jaén Morente⁴³. O el sacerdote y académico Manuel de Torres y Torres, propietario de *La Verdad*, el primer diario católico de Córdoba.

Hay otras muchas plumas famosas en su época dignas de recuerdo. Destaca entre ellas la del periodista y académico Luis Maraver y Alfaro (Fuente Obejuna, 1814-Madrid, 1886), fundador en 1869 de *El Cencerro*, “el periódico más satírico y el más popular que ha tenido Córdoba”, a decir del recordado cronista de la ciudad José Valverde Madrid⁴⁴. Maraver, que también había sido cronista oficial de Córdoba cuando en 1855 se restauró el cargo, conjugó con habilidad su tarea de informador “de sabrosa prosa agresiva y mordaz” (*cencerradas* punzantes que luego editaría en la capital de España) con la faceta de académico, es de suponer que mucho más sería. Admitido en la Real de Córdoba el 19 de mayo de 1852, alcanza el título de Numerario al año siguiente y el 5 de febrero de 1865 es elegido Académico de Mérito, “siendo muy de apreciar su colaboración en las tareas académicas –elogia Valverde-, donde su fácil prosa y su galana erudición eran siempre bien acogidas”.

Imprescindible es citar también a Carlos Rubio (Córdoba, 1832-Madrid, 1871), poeta, escritor y periodista que desarrolló toda su actividad en Madrid, donde como conspirador revolucionario al servicio de la causa liberal y bohemio se ganó una reputación de personaje de novela⁴⁵, y al que la Academia cordobesa rindió homenaje en el primer centenario de su nacimiento⁴⁶. Destacan asimismo Julio Burell (Iznájar, 1859-Madrid, 1919), el periodista más brillante de su época en España, José Sánchez Guerra (Córdoba, 1859-Madrid, 1934), ministro varias veces con Maura y director de los rotativos madrileños *La Iberia* y *El Español*, para cuya Redacción se llevó de Córdoba a Marcos Rafael Blanco Belmonte (Córdoba, 1871-Madrid, 1936). Este, que había trabajado para *La Lealtad* y el *Diario de Córdoba*, fue durante varios lustros redactor jefe de *Blanco y Negro*. Su *Plegaria del cordobés*, testamento espiritual entregado a su amigo José María Rey Díaz, se publicó póstumamente en *El Defensor*, siendo más tarde reproducido en el *Boletín* de la Academia.⁴⁷

A una hornada más reciente pertenece Manuel García Prieto, fallecido a mediados de los sesenta del pasado siglo y poseedor de un estilo fresco y elegante que ha sabido resistir el paso del tiempo. Como redactor del *Diario de Córdoba* le cupo el triste

⁴³ JAÉN MORENTE, Antonio, *ob. cit.*, cap. XXXII, p. 230. El político, historiador y académico era un gran conocedor de la prensa, en la que intervino a través de publicaciones como *El Defensor*, *Noticiero Sevillano*, *Radical de Madrid* y *Política*.

⁴⁴ VALVERDE MADRID, José. “Un gran periodista cordobés del siglo pasado”, artículo publicado en la ya citada revista *Patio Cordobés*, nº 38, 1969.

⁴⁵ Lo cita Benito PÉREZ GALDÓS en el tomo *Prim* de sus famosos *Episodios Nacionales*.

⁴⁶ Los trabajos de aquella sesión conmemorativa se publicaron en el *Boletín* nº 34, enero-abril de 1932.

⁴⁷ BRAC, nº48, enero-marzo de 1944.

honor de escribir el artículo con el que aquél se despedía de sus lectores tras casi un siglo de vida; luego fue delegado de *Informaciones* en Córdoba y locutor del entonces llamado “diario hablado” de *Radio Córdoba*. A su misma generación pertenecen Rafael Gago, granadino asentado en 1928 en esta ciudad, donde fue redactor jefe de *La Voz* y luego pasó sucesivamente a las plantillas de *Azul* y *Córdoba*, y el recientemente fallecido José Luis Sánchez Garrido, dos periodistas químicamente puros, al igual que Rafael López Cansinos, sinónimo de la radio en Córdoba. Todos ellos mantuvieron, en mayor o menor grado, una colaboración con esta casa. Y a ella permanece unido, como Correspondiente por Montilla, Francisco Solano Márquez Cruz, maestro de toda una generación de informadorles en la que me incluyo, la que hoy lucha contra el tiempo por lograr ese milagro diario que es un periódico. Cualquiera día de éstos, a esa generación le tocará dar el relevo a la siguiente. Y el río seguirá su curso interminable.